

Reyes Mate,
Memoria de Auschwitz. Actualidad y política,
Ed. Trotta, Madrid 2003. 269 págs.

El Ángel de la Historia, representación del Progreso, avanza a impulsos de una fuerza irresistible; su rostro, sin embargo, no reluce sino que refleja el horror ante los escombros y cadáveres que jalonan su marcha triunfal. Esta imagen de Walter Benjamin recorre como un hilo rojo la reflexión de Reyes Mate en esta obra que, sin ser un libro de historia, reclama a ésta el compromiso de la memoria, una memoria responsable que se haga cargo de las víctimas. Auschwitz, en donde no sólo murió el judío, sino también el hombre (Wiesel), hace añicos el viejo imperativo categórico kantiano, de base exclusivamente racional, y obliga a establecer un nuevo imperativo categórico que, en palabras de Adorno, oriente el pensamiento y la acción de los hombres «de modo que Auschwitz no se repita». Este imperativo nace desde la negatividad, porque, sigue Adorno «no podemos saber qué son el bien absoluto, la norma absoluta o incluso qué son el ser humano, o lo humano, y la humanidad, pero sabemos perfectamente qué es lo inhumano». Lo que hay que hacer es impedir que la humanidad se destruya. Es eso lo que significa que Auschwitz no se vuelva a repetir.

Para ello es preciso repensar lo que condujo allí. Porque

Auschwitz es a la vez un acontecimiento singular y el resultado de un proceso. Es preciso aunar ambos para ver el significado de la 'vigencia moral y política de la barbarie'. Se trata, por tanto, de aunar el análisis de la lógica que conduce hasta el proceso exterminador, a la vez que el de aquello que, como dice Reyes Mate, «por el hecho de ser impensable, da que pensar, y se constituye en punto de partida, en origen, de un modo de pensar.»

Este es el punto de partida, y el de llegada, de este libro, construido al ritmo del camino de búsqueda y en el que, como en todo caminar de este tipo, se producen altos, vueltas hacia atrás, reflexiones repetidas desde diferentes ángulos, marcadas todas ellas por esa necesidad de hacer justicia a las víctimas. Una justicia que pasa forzosamente por la memoria, que no es conmemoración sino hacer presente, real, la injusticia, «reconocer la actualidad de la injusticia cometida» (258). Una memoria que no sólo tenga en cuenta, como la ciencia, lo que ha sido, sino que se haga cargo también de los 'restos' que quedaron en el camino, del precio que hubo que pagar. Que los tenga presentes.

El autor inicia su análisis de la lógica del proceso tomando como punto de partida el ar-

título escrito en 1934 por E. Levinas, «Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo» (1934). El hitlerismo, sostiene Levinas, vuelve a instaurar en el centro los sentimientos elementales, es decir, el cuerpo, rompiendo los diques civilizatorios contruidos por el judaísmo, el cristianismo y el liberalismo, colocando como núcleo, a la hora de definir la espiritualidad del hombre, a la sangre y la tierra. No obstante, éste es un camino que venía trazado desde antiguo, desde el primer filósofo jónico que dijo 'todo es agua' reduciendo la pluralidad a un solo elemento. A partir de entonces la filosofía estará abierta a cualquier elemento totalizador «llámese naturaleza, Dios, humanidad, proletariado o raza» (13).

Dentro de esta lógica, el campo se presenta como «el lugar de la política moderna». Es en el campo en donde reina la *biopolítica* que reduce al hombre a la nuda vida, en una reducción que no se da únicamente en el fascismo sino en toda la Modernidad (Agamben). Para superar esta biopolítica es preciso volver a la política, pero sin ingenuidad, advierte R. Mate, para quien esa vuelta a la política ha de tener como centro la memoria, una memoria que lleva sobre sí la carga de la justicia.

Las páginas dedicadas a la memoria de Auschwitz, aquello que era impensable y que, por impensado, 'da que pensar' como se repite múltiples veces a lo largo de este libro, giran en torno al contenido y el signifi-

cado de esa memoria, que es respuesta al fracaso del conocimiento. De ahí el papel nuclear del testimonio y los testigos (a los que se dedican los capítulos 4 y 5). El autor señala cómo falta en la filosofía una teoría de la verdad que la relacione con el testigo, aunque haya habido algunos 'avisadores del fuego' que lo apuntaron ya antes de la catástrofe. Para que el testigo se convierta en memoria presente es preciso que diga «era aquí», como hace Simon Srebnik en *Shoah*, la película de Lanzman, convirtiendo con esa frase un idílico bosque en el lugar del horror, donde ocurrió el exterminio de millares de seres humanos. El testigo es quien tiene la llave de la parte oscura de la realidad.

Ahora bien, esa verdad ha de ser una verdad comunicada a alguien y ni eso basta, ya que, como decía W. Benjamin, un testimonio se disuelve si no produce testigos que lo actualicen. Es esta metabolización del hecho en memoria la que es capital para la verdad, dice R. Mate, que cita a Kertesz cuando éste afirma que el relato de nuestro tiempo, para ajustarse a la verdad, no puede arrancar más de Auschwitz, porque es ahí en donde radica 'el espíritu de la narración'. El testigo de Auschwitz no habla por sí mismo, pone la voz a quienes ya no pueden hablar, para que se haga justicia.

La reflexión sobre la justicia, que recorre todo el libro, es el núcleo de los dos capítulos finales, que se inician con una exposición de las diferencias entre la

justicia de los antiguos, entendida como restitución, como reparación a quien ha sufrido injusticia, y la de los modernos, basada en la libertad. Mientras que la primera está basada en el 'otro', la segunda se centra en el 'nosotros' y su piedra de toque es el procedimiento. Lo que es común a ambas, sin embargo, es su ignorancia del tiempo. Lo que Reyes Mate propone, la justicia por la que hay que luchar, es una *Justicia Anamnética*. Lo que caracteriza a este tipo de justicia es que gira en torno al concepto de responsabilidad (responder a la injusticia) mientras que las otras lo hacen en torno al concepto de imparcialidad, es decir, de la decisión sobre lo que es justo o injusto al margen de la experiencia de la injusticia (30). Es esa justicia anamnética la que se hace cargo del pasado ausente y declara la vigencia de la injusticia, reconociendo el derecho a la reparación, el único camino posible para reconocer los derechos de las víctimas, sin recurrir al expediente igualitario de hacer tabla rasa del pasado, proclamando la inauguración de un falso tiempo nuevo.

Para que el testimonio se convierta en memoria viva, presente, es preciso que quien escucha se haga responsable de la memoria. Este es el imperativo categórico al que antes se hacía

referencia; se trata de la responsabilidad de todos por lo sucedido, por el presente, no sólo por lo que es sino por lo que pudo ser y se frustró. Y se traduce, entre otras cosas, en una negación a la amnistía entendida como amnesia, como anulación del pasado, en la que a las víctimas no se les hace justicia.

La propuesta de este libro, que sigue la línea de las múltiples publicaciones del autor sobre la relación entre la religión y la política, la verdad y la historia del sufrimiento, deja al lector lleno de interrogantes sobre cómo llevarla a cabo. Todorov habló de los riesgos del «abuso de la memoria», y R. Mate critica esta tesis en su libro. Ricoeur ha concedido un lugar clave al concepto de perdón, sobre todo en sus últimas obras (ver Carmen López Alonso «Paul Ricoeur. La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli» en *Historia y Política*, 7, 2002, páginas 294-296). ¿Qué hacer? Quizás una de las respuestas sea la de seguir adelante, sabiendo que no hay una solución definitiva y 'total', pero sin olvidar, sin que la memoria quede petrificada. Una memoria viva, y no instrumental, como defiende este gran y oportuno libro de Reyes Mate, de muy recomendable lectura.

CARMEN LÓPEZ ALONSO